

nido manifiesto» de muchos de sus versos: dos de los cuales aparecen en el soneto VI de *Daena* y cuyo significado me resulta ahora más fácil confiarte.

Como dije, en esa página, un separado —un desgajado de la inocencia propia del estado de plenitud erótico-amorosa— ve amanecer tras haber recorrido el territorio del insomnio con que, ya lo dije, el amante se inclina a honrar el dolor que suele devastar la salud, pero que al mismo tiempo prolonga la certidumbre de la nostalgia y consolida la moral amorosa. En ese amanecer, el solitario comprueba cómo su fuego se ha transformado en hielo. «Muchos sentidos simbólicos y esotéricos convergen en la imagen del fuego tal como la usa Horacio Martín», escribe Verónica Almáida Mons³. En efecto: en la imagen del fuego, y también en la imagen del hielo. Martín, lector habitual del excelente *Diccionario de símbolos*, de Juan Eduardo Cirlot⁴, no ignora que el hielo y el fuego, además de metáforas que podríamos calificar de superficiales, y aún de triviales, como nombres sesgados del displacer y de la pasión, son palabras cuyo contenido simbólico es de una vastedad poética a la que desea que su lector se asome. De un modo violentamente resumido, hay que señalar que el hielo, como petrificación, congelación y casi diríamos asesinato del agua, debe ser considerado, en un poema amoroso, algo más que una —lo repito: trivial— metáfora del displacer: al tener el agua una potentísima intensidad y una enorme variedad de significados simbólicos (el agua es el océano primordial y la protomateria; para la tradición hermética es la sustancia de la que surgen los dioses; en los Vedas, las aguas son llamadas *mâtritamâh* —Las Maternas—; en la India el agua es el «mantenedor de la vida que circula a través de toda la naturaleza en forma de lluvia, savia, leche, sangre»; «para la cosmogonía de los pueblos mesopotámicos, el abismo de las aguas fue considerado como insondable sabiduría impersonal» coincidiendo con los babilonios, que la llamaron la «casa de la sabiduría» —Cirlot—; en su *Introducción al psicoanálisis*, Freud sugiere que, en los sueños, el agua expresa al nacimiento; la relación entre el agua y la religión no se advierte sólo en el Cristianismo: también en el Budismo; Lao-tse: «El agua sobresale en hacer el bien»; la carga, en fin, de significado simbólico del agua en la historia de las culturas, por no citarla como elemento primordial de la materia de que están constituidas todas las especies animales, incluidos los hombres, estos «animales inconsolables» —el acierto bautista es del novelista José Saramago— es de tan colosales dimensiones que proseguir enumerándola me haría sentirme desdenoso con los lectores y descortés contigo, dos incorrecciones a las que renuncio cerrando con premura este paréntesis); al tener el agua, repito, tal importancia en el origen y en las constantes de la vida y en la historia de las culturas, su potencia simbólica no puede sino ser esencial. Casi diría: sagrada. Y es esa milenaria sacralidad lo que quedará brutalmente interrumpido en un poema amoroso cuando aparezca la palabra hielo —Martín escribe *yelo*, con más violencia, con más saña: con más resentimiento—. Así, el hielo, el asesinato del agua, no es ya tanto una metáfora del displacer, cuanto, digámoslo como podamos, un apagón del Universo: exactamente el apagón del Universo en que amenaza convertirse la conciencia del separado si como

³ Edición citada, pág. 33.

⁴ Editorial Labor. Barcelona, 1969.

examante no recurre a la complicidad del dolor y se entrega a la vergüenza del olvido. Creo recordar que alguna vez he escrito que la genialidad es combustible y que el dolor la enciende. Añado: la separación amorosa también es combustible y la enciende el dolor: y a esa hoguera tan sólo la mantiene encendida el bochorno que el amante habrá de sentir ante su propia rendición al ejército del olvido. Como se ve, continuamos hablando de moral.

Pues bien: los versos 7 y 8 de ese soneto VI instalan —una vez más, ya que esto es constante en la poética de Martín— al hecho poético dentro de esa moral del amante: el hielo —el crimen contra el agua, contra lo originario y lo sagrado— será disuelto y «convertido en llama». Será vencido, siquiera provisoriamente (sólo hay victorias provisionales, y esto lo intuyen los políticos y los militares, pero los amantes lo saben), levantando, como una bandera, esa última forma del fuego que es la vergüenza del amante ante una emoción que se enfría: que se rinde, que se entrega sin condiciones. El dolor como fuego (anotar siquiera algunos datos sobre la simbología del fuego ya sería quizás un abuso y hasta una inconsecuencia), la vergüenza como fuego, incluso el desasosiego como fuego: no son, en esa página, metáforas poéticas, cuyo valor de intensidad expresiva sería escaso o inexistente, sino simbólicas exasperaciones de un código de amor⁵. Son, en fin, uno más de los instantes de la moral amorosa en la que Martín gozó y sufrió toda su existencia amorosa y sin la que de ningún modo se atrevería a mostrarse al lector. Podrías, amigo Luis, preguntarme si yo comparto en todo y en detalle esa moral de mi heterónimo. Enteramente, no. Yo soy, y creo que en cierto modo por fortuna, menos inocente que Martín —a cambio y por lo mismo, él es mejor poeta que yo—; yo soy muchísimo más desconfiado que Martín y presto por lo menos tanta atención a las fatalidades —y a los beneficios— del olvido como a las fatalidades de la plenitud y del fracaso; y, en fin, como lector de Machado, a quien ya vimos que Martín rinde homenajes más o menos visibles, yo no he logrado ni querido nunca olvidar unos versos que ofrecen, bajo un «significado manifiesto» de aparente ironía, un «significado latente» de extraordinaria inteligencia: «A las palabras de amor / les sienta bien su poquito / de exageración». Por cierto que Martín no desconoció esa reflexión de Machado (en «De la separación», el texto que te adjunto, la rememora y la hace ocasionalmente suya, aunque en un contexto en el cual no es él el separado, sino, como te dije, dos amigos a quienes Martín pretendía sofocarles las quemaduras de su sufrimiento), pero sé que Martín nunca hizo íntimamente suyas esas palabras de Machado. Por el contrario, fue exagerado tanto en sus experiencias amorosas como en las expresiones poéticas con que trataba de prolongarlas en tanto que —ilusorio— combate contra el imperialismo de la muerte. Algo dentro de mí siente envidia por esa testaruda adolescencia de Martín, pero algo en mí siente también terror. Más aún ahora, cuando yo continúo viviendo y muriendo como todo el mundo, de manera a la vez anhelante, asustada y trivial, mientras él ha caído, creo que precisamente a causa de su fidelidad a la exageración y a la inocencia, en una enfermedad de la que ignoro si sanará algún día. El miedo que me produce una

⁵ Acude en mi socorro una precisión del poeta irlandés William Butler Yeats escrita hace ya casi un siglo y siempre repentinamente vigente: «...las metáforas no son lo bastante profundas para llegar a conmover, cuando no son símbolos»: ello se lee en el ensayo «El simbolismo de la poesía», incluido en la antología de Yeats *La torre y el unicornio*. Ed. Olifante. Zaragoza, 1990. (La selección de textos, la traducción y el prólogo son de Manuel Soto).

aventura moral como la de Martín —y en ese miedo se originó en su día el hecho de que Martín sea mi heterónimo— me hubiera consentido no ya ahorrarte el disgusto que quizá te ocasione esta carta, sino incluso no dar a la imprenta los sonetos que tal vez tan sólo Daena hubiera tenido derecho a conocer, pero es la envidia —tan fuerte como el miedo— que el coraje de Martín me produce, una envidia hoy mayor que nunca —lo veo sentado, mudo, enfermo y enigmático, con una sonrisa de casi depravado candor— lo que me hizo enviarte ese cuaderno y lo que me lleva hoy a reprocharte que no lo publicases completo. Completamente, terminantemente, se entregaba Martín. Publicarlo incompleto me parece una desatención. Verlo incompleto me produce una extrañeza parecida a la pena.

Vayamos ahora al soneto IX, apartado también de la edición que te agradezco y te reprocho. Dos cuestiones deseo destacar en el contenido de esa página; una de ellas quizá pudiera obviarse —consiénteme que no lo haga—; la otra es fundamental. Respecto a la primera, me ayudaré de una contestación que en un reciente reportaje dio un hombre grande a quien tanto tú como yo hemos demostrado respetar y querer: hablo de Luis Rosales. Piensa, conmigo, en un hombre que ya ha cumplido ochenta años y que los ha vivido todos con dignidad, con autenticidad, con generosidad y con profundidad, piensa en un hombre capaz de convertir toda la vida, incluido y sobre todo lo más amargo de la vida, en experiencia junta, y capaz de convertir esa experiencia junta (vida acumulativa, vida dispersiva: son dos conceptos filosóficos que Rosales maneja y que ahora debo resignarme a mencionar sin comentarlos) en una de las obras poéticas más originales y profundas, más fastuosas y más juntas de la historia contemporánea de nuestro idioma. Retén aquí y ahora la dimensión poética y moral de ese hombre y piensa que un periodista le acaba de preguntar qué es lo que considera lo más humano en esta vida. Imagina a Rosales: posiblemente ha mirado con atención a su interlocutor. Tiene que responderle. Sabemos que antes de responder se ha asomado a su vida; se ha apoyado en el brocal de su experiencia y se ha asomado al pozo. Ha mirado allá abajo atentamente. Uno puede esperar cualquier honda respuesta: sabemos que Rosales es sabio, es anciano, es poeta: cualquier frase profunda puede ser entregada como respuesta a una pregunta seria que le acaban de hacer. Y en efecto, su respuesta es profunda. Parece una obviedad, pero es una lección. ¿Qué considera usted lo más humano en esta vida? Nuestro cansado y viejo amigo responderá: «La risa»⁶.

Vamos ahora a la cuestión segunda, pero retén a la palabra *risa*. Es una palabra sagrada. Fraternidad, terror, soledad, dolor, sacrificio, piedad... De acuerdo: todo eso está muy bien, todo eso es cierto, nadie duda de que todo eso forma parte de lo que llamamos lo humano. ¿Pero qué es lo profundamente humano, lo exactamente humano? Es muy sencillo. Parece una sorpresa, pero en el fondo es muy sencillo: lo humano de verdad es la risa. Retén esa palabra (está en el verso sexto del soneto cuya exclusión origina mi queja); retén esa palabra a la que, sospecho que con precisión, he llamado sagrada. Asimismo, te ruego que pienses qué palabra podría definir,

⁶ Ignacio Amestoy: «Luis Rosales: Abril no suele volver». En *Diario 16*. Madrid, 28 de febrero de 1991.